

Llamado y Formación para Servir a la Misión

INTRODUCCIÓN

Reverendo Padre Superior General de la Congregación de los Misioneros de la Sagrada Familia, miembros del consejo general, Reverendos Padres formadores y miembros de la Comisión de Formación, Es con gran placer y profundo honor que les dirijo mis sinceros agradecimientos por la invitación a este encuentro. Representa para nosotros una valiosa oportunidad de compartir y reflexionar juntos sobre la vocación y la formación, particularmente en nuestra Congregación. El tema elegido es: **«Llamado y formación para servir a la misión»**.

La vocación religiosa es ante todo un don gratuito de Dios, una iniciativa divina que invita al hombre a consagrar su vida a la obra de la salvación (cf. Jn 15,16). Esta acción de Dios permanece viva hoy. El llamado por sí solo no basta: debe ser acogido con fe, discernido con sabiduría, acompañado con caridad y formado con seriedad para convertirse en un servicio fecundo para el Evangelio, la Iglesia y el mundo (cf. Pastores Dabo Vobis, n. 35).

I. REDESCUBRIR LA VOCACIÓN COMO DON DIVINO Y RESPUESTA HUMANA

1.1. La vocación: una iniciativa gratuita de Dios

La vocación a ser sacerdote o religioso es un misterio profundo que se fundamenta en el encuentro personal con Cristo. Como recuerda San Juan Pablo II en Pastores Dabo Vobis, se define como un «diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde». La iniciativa proviene enteramente de Dios, quien llama no por méritos humanos, sino por su gracia libre. Es obra del Espíritu Santo, el verdadero Formador principal, quien moldea interiormente a la persona.

1.2. La respuesta humana al llamado

La respuesta del hombre requiere libertad y responsabilidad. El verdadero amor no se impone, se propone. Dios espera una adhesión positiva que Él mismo hace posible con el don de la gracia.

1.2.1. Importancia de la escucha: La respuesta se apoya en una actitud de escucha atenta a la Palabra de Dios, como el joven Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 S 3,9). El silencio y la meditación son esenciales.

1.2.2. Importancia de la oración y del discernimiento: La oración es el soplo vital de la vocación. Jesús mismo nos ofrece un modelo perfecto, retirándose en oración antes de elegir a los doce apóstoles (Lc 6,12-13).

1.2.3. Renuncia a ciertas seguridades humanas: La vocación implica un desapego radical de los bienes materiales, de los hábitos y de ciertos lazos afectivos para encontrar la verdadera seguridad solo en Dios.

1.2.4. Confianza en el Espíritu Santo: Cooperar con el Espíritu Santo permite superar los límites humanos y favorece un desarrollo integral, ya que «el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rom 8,26).

1.2.5. La importancia de la vida espiritual: Sin un profundo enraizamiento en Dios, toda obra corre el riesgo de reducirse a un proyecto puramente humano, privado de su fuente vital.

II. ACOMPAÑAMIENTO PERSONALIZADO Y COMUNITARIO

2.1. El rol esencial de los acompañantes

En el contexto actual, marcado por el individualismo y la fragilidad, guiar y formar a quienes golpean la puerta de la congregación es un ministerio vital. Los formadores son mediadores e instrumentos del Espíritu Santo.

2.2. Exigencias del acompañamiento

La formación requiere de los formadores tres actitudes fundamentales: **Competencia** (preparación teológica y psicológica), **Paciencia** (respeto a los ritmos de crecimiento de cada uno) y **Disponibilidad** (ofrecer tiempo y acogida cordial).

2.3. Dimensión eclesial y comunitaria

Nadie es llamado para sí mismo, sino para edificar la Iglesia. La comunidad formadora (familia, parroquia, seminario) es el lugar donde la vocación germina, se verifica y madura.

III. LOS DESAFÍOS CONTEMPORÁNEOS DEL ACOMPAÑAMIENTO

3.1. El acompañamiento ante las fragilidades humanas: Muchos jóvenes muestran fragilidad relacional y afectiva debido a heridas familiares e inestabilidad. La formación no exige una perfección inicial, sino un corazón disponible para dejarse sanar por la gracia de Dios de manera progresiva y armoniosa, uniendo exigencia y misericordia.

3.2. Formar misioneros para el hoy: Es necesario preparar personalidades sólidas, capaces de afrontar los desafíos digitales, culturales y relacionales del mundo moderno, manteniendo una profunda raíz espiritual y un espíritu de servicio.

IV. FRATERNIDAD Y TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL

4.1. Importancia de la comunidad contra el aislamiento: El aislamiento es un gran obstáculo para la misión. Tejer lazos fraternos sólidos en la vida comunitaria garantiza el florecimiento y la sostenibilidad de la vocación en el tiempo.

CONCLUSIÓN

La vocación sacerdotal y religiosa es un don eterno de Dios y es obra del Espíritu Santo. Para florecer, requiere formadores capaces de escuchar y comunidades vivas. La presencia y el testimonio de los religiosos mayores transmiten riquezas inestimables a los jóvenes, alimentando su deseo de seguir a Jesús. Rezamos por la intercesión de la Virgen María para que las vocaciones crezcan en número y calidad para servir a la misión.

